

PRESENTACIÓN

Uno de los fenómenos más deplorables de la historia de los pueblos venezolano y trinitobaguense es la manera cómo éstos han vivido de espaldas. Tanto los venezolanos como los trinitobaguenses son culpables de abrigar falsos estereotipos los unos de los otros a pesar de tener una historia y cultura interconectadas. Urge investigar las razones histórico-políticas de este fenómeno y buscar sugerencias para el mejoramiento de las relaciones entre estos pueblos, y forjar la integración interactiva en el ámbito social y económico. A este fin, hay que dar sentido a los espacios históricos que hemos ocupado y seguimos ocupando los venezolanos y trinitobaguenses. Hay que formular desde el pueblo una poética de la historia de los dos países que vaya a derrumbar muros y barreras. Hay que identificar los puntos de convergencia cultural e histórica que pueden acercarnos. Sólo entonces se parará el proceso de evolución divergente, concebido y motorizado por intereses extrarregionales, en el cual nuestros pueblos incluyendo toda la América Latina y los demás países anglocaribeños, grandes por haber sobrevivido sus circunstancias históricas, se están alejando cada vez más los unos de los otros. A nosotros nos corresponde examinar de cerca la llamada globalización por si resulta ser una uniformización y un reduccionismo. Nos toca comenzar el proceso de descubrimiento mutuo y de revalorización de la identidad que comparten los pueblos latinoamericanos y anglocaribeños.

Veamos claramente las diferencias que, en todos los ámbitos de la vida nacional, existen entre Latinoamérica y el Caribe angloparlante. A este respecto, Andrés Serbin señala que existen diferencias lingüísticas y tradiciones culturales e intelectuales distintivas. Hay además sistemas de estratificación sociorracial e identidades etnoraciales diferenciadas

por matrices coloniales distintivas. En América Latina, la estratificación social se hace sobre la base del carácter mestizo de sus poblaciones. En el Caribe anglófono han sido los africanos quienes como grupo étnico han podido proyectar la imagen del Caribe angloparlante como una región negra. Esto ha sido posible debido a: 1) el poder político detentado por los afrocaribeños desde la Independencia a partir de la década del sesenta, y 2) la lucha de la intelectualidad afrocaribeña por rescatar su identidad cultural y racial evidenciada en la obra de grandes hombres como Nicolás Guillén, Aimé Césaire, Marcus Garvey y Edward Kamau Brathwaite. Hay sistemas y culturas políticas diferenciadas y consolidadas en períodos históricos distintos. Los países latinoamericanos lucharon y ganaron la independencia política de España en las primeras décadas del siglo XIX y luego instalaron sistemas republicanos presidencialistas. Los países anglocaribeños, en cambio, negociaron pacíficamente su independencia y establecieron sistemas de gobierno parlamentario según el modelo Westminster. Finalmente, hay economías y grados de desarrollo económico diferenciados. Las economías de los países latinoamericanos acusan un mayor grado de diversificación y potencial para el crecimiento. Las del Caribe anglófono, desarrolladas a base de la plantación, son más reducidas y menos diversificadas.

Lulú Giménez Saldivia, a su vez, subraya el hecho de que las ideologías del coloniaje impidieron la apropiación por parte de las culturas de las islas caribeñas de símbolos no correspondientes a las estructuras de pensamiento y concepciones del mundo legadas por las respectivas metrópolis colonizadoras. El Caribe, por esa razón, durante un largo período, no existió como una realidad ontológica específica porque todo su sistema de referencias simbólicas se organizaba desde las respectivas metrópolis coloniales y bajo los modelos epistemológicos y valorativos europeos. En este período, para los anglocaribeños sólo existían el Reino Unido como colectivo de referencia, y las islas de habla inglesa. El resto del mundo era visto a la luz de valoraciones inglesas y a través de estereotipos ideológicamente concebidos.

A este respecto, el escritor trinitobaguense Vidia Naipaul, relata

por ejemplo que cuando era niño y estudiaba geografía en la escuela, en los mapas oficiales del sistema educativo británico, Venezuela era “una inexplicada pequeña península en la punta de la esquina izquierda.”

Naipaul hace resaltar todavía más la ignorancia mutua abismal que existía entre el pueblo trinitobaguense y el venezolano:

Entre los años 1939 y 1948, yo concurría al colegio. Venezuela, de la cual la isla (Trinidad) había formado parte integrante, se extendía en la otra margen del Golfo y según los días, era visible a simple vista. Pero Venezuela no constaba como una realidad en los textos de geografía. En Trinidad el idioma español se había perdido: no quedaban vestigios del Imperio Español. Quedaba más cerca la Guayana Británica y pareció absurdo cuando un periódico venezolano publicó en la primera página y con grandes letras el siguiente encabezamiento: ‘Inglaterra, devolvednos Trinidad y la Guayana o las tomaremos a viva fuerza...’ Pero en Puerto España, Venezuela continuaba siendo un remoto país de dictadores, de botas, sadismo, revoluciones que estallaban de la noche a la mañana y refugiados que aparecían por las calles de Puerto España, mulatos de la más baja ralea.

Lo anterior constituye una percepción de América Latina entre los trinitobaguenses. Es más, los trinitobaguenses tendemos a homogeneizar a los latinoamericanos llamándolos a todos “Spanish”, sin hacer distinción entre venezolano, colombiano, brasileño o cualquier otro latinoamericano. Esta forma de estereotipación absurda emana, desde luego, del lavado de cerebro que han perpetrado los británicos en el Caribe anglófono y nos parece aún más absurda cuando pensamos que todavía existe a los cuarenta años de la independencia política. De hecho, ha persistido demasiado tiempo la resistencia trinitobaguense a relaciones abiertas e igualitarias con Latinoamérica y nos atrevemos a opinar que se debe tanto a la manera patológica en que La República de Trinidad y Tobago sigue aferrándose a la falda de Mamá Gran Bretaña como a la

política miope de conveniencia económica dictada por la presencia ubicua de los Estados Unidos.

Es interesante notar que durante muchos años la percepción de muchos trinitobaguenses era que Venezuela abrigaba ambiciones imperialistas en el Caribe. Y hablando del Caribe, cabe destacar aquí que la definición que del 'Caribbean' hacen los políticos e intelectuales trinitobaguenses y anglocaribeños se limita a sólo las islas anglófonas.

El ex-Secretario de la Asociación de Estados Caribeños, el Dr. Norman Girvan, dice al respecto: "Nosotros los anglófonos acostumbramos hablar como si fuéramos el Caribe. Por doquier llamamos a nuestra organización regional "la comunidad caribeña" y bautizamos con el nombre 'caribeño' a otras muchas organizaciones principalmente anglófonas, mostrando así un grado de arrogancia cultural sobrepasada sólo por nuestra ignorancia geográfica y miopía estratégica".

Sea como fuere, y dada la cantidad de prejuicios, dudas y suspicacias en las percepciones mutuas entre latinoamericanos y anglocaribeños y la existencia de valoraciones y tradiciones culturales aparentemente conflictivas, es imprescindible empezar a formar la base para un conocimiento de las raíces históricas de las sociedades venezolana y trinitobaguense para la construcción de una región integrada en el futuro.

Por el momento, me permito subrayar lo siguiente: los trinitobaguenses somos latinos por nuestra historia, nuestra música y nuestro ritmo. Pero somos también británicos por nuestra educación y formación académica. Tenemos un pie en el mundo anglosajón y otro en Latinoamérica. Me atrevería a decir que los trinitobaguenses somos los centauros de la civilización americana.

Este número de **Contexto** recoge estudios sobre el patrimonio literario, cultural e intelectual de Trinidad y Tobago, república antillana que sólo en 1962 ganó la independencia de la Gran Bretaña.

La dedicación exclusiva de este número de **Contexto** a Trinidad y

Tobago demuestra el enorme interés por el Caribe anglófono en Venezuela y el resto de Latinoamérica. No cabe la menor duda de que esta iniciativa tomada por la dirección de **Contexto**, en especial los profesores Bettina Pacheco y Arnaldo Valero, es otro paso importante hacia el mejoramiento y la consolidación de las relaciones entre los pueblos venezolano y trinitobaguense y, eventualmente, hacia el logro de la fraternidad y la unidad espiritual entre todas las naciones del Caribe y el continente latinoamericano. Es para mí, entonces, un profundo honor ser el editor invitado de este número extraordinario de **Contexto**.

Los estudios recogidos aquí desnudan el alma de los trinitobaguenses. En su análisis de la novela *El vino del asombro* por Earl Lovelace, Burton Sankeralli muestra cómo este célebre novelista se lanza a la búsqueda del Espíritu Africano que se encuentra en un nuevo ambiente y que necesita robustecerse para sobrevivir y triunfar en medio de “posibilidades profundamente violentas y creativas.”

Gordon Rohlehr, por su parte, retrata aspectos muy interesantes del encuentro entre europeo y africano y profundiza en los estereotipos racistas que son consecuencia de ese encuentro. Rohlehr logra establecer el vínculo entre la risa grotesca del hombre del Congo por un lado y por otro los rituales del Carnaval trinitobaguense.

Louis Regis, ensanchando los horizontes del ethos trinitobaguense, describe el proceso mediante el cual la música popular de algunos países hispanoamericanos se integró al mundo extraordinario del calipso trinitobaguense.

La rica diversidad étnica de Trinidad y Tobago y las relaciones entre las dos principales comunidades, la africana y la indiana, tal como están representadas en la ficción, son objeto de un análisis riguroso por Sheila Rampersad que resulta ser bastante revelador, sobre todo desde la perspectiva de la solidaridad entre las clases obreras de esas dos comunidades.

Paula Morgan logra intuiciones fascinantes en su estudio de “Uno

entre muchos” de V.S. Naipaul, donde el novelista trinitobaguense explora las múltiples dimensiones de la migración transcultural.

Partiendo de algunas teorías de Julia Kristeva sobre lo maternal en el discurso contemporáneo, Jean Antoine-Dunne ahonda en el terreno común compartido por Jennifer Rahim, poetisa trinitobaguense, y la misma Kristeva, a saber, la búsqueda del factor responsable por el gozo en lo maternal experimentado por varón y hembra.

Arlene Dattoo sostiene que el desplazamiento es un tema recurrente en los escritos de V. S. Naipaul. El insigne novelista trinitobaguense explora y examina su evolución personal como sujeto colonial que ha logrado la independencia personal en la época post-colonial. La investigadora Dattoo analiza magistralmente la novela *El enigma de la llegada* de Naipaul para inquirir sobre el carácter único de la psiquis personal del narrador/autor y las maneras cómo él se enfrenta a las complicaciones ontológicas del yo.

La joven poetisa trinitobaguense Jennifer Rahim es otra vez objeto de un análisis cabal; esta vez su poesía es analizada por Nicole Roberts quien profundiza en las preocupaciones humanas, políticas y espirituales que inundan la producción poética de Rahim. Estas preocupaciones abarcan todas las dimensiones de la vida en Trinidad y Tobago y logran una visión esclarecedora del futuro de ese pueblo.

Está muy claro que Arnaldo Valero, en su estudio de la obra de V.S. Naipaul, ha profundizado en la sociedad trinitobaguense, en su historia y sus relaciones interraciales, donde la dinámica cultural de esa sociedad está en perpetua efervescencia.

Finalmente, en la entrevista con Brother Resistance, se abre una ventanita al Rapso, arte que nació en Trinidad y Tobago y ha tenido repercusiones internacionales. Haremos bien en escuchar las palabras de Resistance.

Ramón Mansoor, 2006